

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

Una de las lecciones más importantes que aprendemos en la recuperación es cómo vivir un día a la vez. Para muchos de nosotros, la adicción se alimentaba de nuestros intentos de escapar del momento presente. Recordábamos los arrepentimientos de ayer o nos preocupábamos por la incertidumbre de mañana. La culpa por el pasado y el miedo al futuro nos mantenían inquietos e insatisfechos. La recuperación comienza cuando empezamos a aceptar la gracia sencilla del día de hoy.

El tiempo de Cuaresma nos invita a examinar en dónde ponemos nuestra esperanza y en qué ponemos nuestra confianza para vivir. En su momento, muchos de nosotros creíamos que el alivio llegaría a través de una sustancia, un comportamiento o la aprobación de otros. Al pasar el tiempo, esos apegos que nos prometían consuelo, en realidad dejaban un vacío. Quizá, por mucho tiempo los seguíamos persiguiendo, incluso aun después de que dejaran de funcionar, pero sintiéndonos cada vez más vacíos y espiritualmente adormecidos.

En la Segunda Lectura de este domingo, San Pablo habla específicamente de este tipo de experiencia (Romanos 8:8-11):

Los que viven en forma desordenada y egoísta no pueden agradar a Dios. Pero ustedes no llevan esa clase de vida, sino una vida conforme al Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita verdaderamente en ustedes. Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. En cambio, si Cristo vive en ustedes, aunque su cuerpo siga sujeto a la muerte a causa del pecado, su espíritu vive a causa de la actividad salvadora de Dios. Si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en ustedes, entonces el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes.

Cuando Pablo hace el contraste entre “cuerpo” y “espíritu”, no está condenando nuestros cuerpos. Más bien, describe dos formas diferentes de vivir. Vivir en el cuerpo es una estar centrados en

la autosuficiencia y en el apego. Es el intento constante de llenar el hambre espiritual con cosas que no pueden satisfacernos. En nuestra adicción activa, compulsión o apego poco saludable, esto podría haber sido el alcohol, las drogas, la lujuria, la comida o el control. Pusimos estas cosas en lugar de Dios.

Al pasar el tiempo, esa forma de vida a muchos nos dejó sintiéndonos espiritualmente muertos. Es posible que hayamos realizado las rutinas de la vida diaria sin darnos cuenta, pero por dentro nos sentíamos desconectados de nosotros mismos, de los demás y de Dios. Nuestras emociones se aplastaron y nuestro mundo se hizo más pequeño. La adicción nos prometía libertad, pero en cambio, nos encadenó.

El Evangelio de este domingo muestra que Dios no nos ha abandonado en esa condición. En la historia de Lázaro, Jesús llega a la tumba de su amigo, quien lleva cuatro días muerto. De pie ante el sepulcro, Jesús exclama con autoridad (Juan 11:43-44):

Luego gritó con voz potente: “¡Lázaro, sal de allí!” Y salió el muerto, atados con vendas las manos y los pies, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: “Desátenlo, para que pueda andar”.

Esta escena refleja la experiencia que muchos de nosotros descubrimos durante nuestra recuperación. La adicción nos dejó atados: envueltos en hábitos, mentiras, miedo y culpa. Quizá pensábamos que nuestra situación estaba demasiado dañada para poder cambiar. Sin embargo, Cristo pronuncia una palabra diferente sobre nuestras vidas. A través de la recuperación, nos llama a salir de la tumba y caminar hacia la luz.

Los Doce Pasos nos ayudan para poder responder a esa llamada. El Primer Paso nos invita a admitir la verdad sobre nuestra impotencia. Los pasos dos y tres nos ayudan a confiar en un Dios que restaura la vida. A medida que avanzamos por los Pasos y permanecemos conectados con la vida sacramental de la Iglesia, las vendas empiezan a desatarse. Se calma el resentimiento, disminuye el temor y vuelve la esperanza.

El vivir un día a la vez, nos mantiene cercanos a esa nueva vida. No podemos cambiar el ayer y el mañana no está garantizado. Pero el hoy está lleno de gracia. Hoy podemos orar. Hoy podemos pedir ayuda. Hoy podemos practicar la honestidad, la humildad y la confianza. Jesús sigue llamándonos a cada uno por nuestro nombre. La pregunta es si estamos dispuestos a salir de la tumba y permitir a otros que nos ayuden a desatar las vendas que antes nos mantenían cautivos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momento durante tu recuperación has experimentado que parece que Cristo te llama a salir de un lugar de muerte espiritual?
- ¿Qué apegos o conductas te prometían vida, pero al final te dejaron vacío?
- ¿Cómo sientes hoy en tu recuperación el vivir “un día a la vez”?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Ezequiel 37:12-14

SAL. RESP. Salmo 130:1-2, 3-4, 5-6, 7-8

SEGUNDA LECTURA Romanos 8:8-11

EVANGELIO Juan 11:1-45

